

EL SEÑORÍO DE JESUCRISTO Y EL EVANGELIO DEL REINO DE DIOS

Jorge Himittian

En la reunión anterior vimos como Dios al derramar su Espíritu sobre nosotros a partir de finales de los sesenta, nos introdujo a la dimensión del Espíritu y a la adoración.

A partir de esta experiencia la Biblia se transformó para nosotros en una “nueva” Biblia. Pues una cosa es leer la Biblia procurando entenderla intelectualmente, y otra muy distinta es leerla bajo la inspiración y la revelación del Espíritu Santo. De este modo fuimos recibiendo en aquellos primeros años, una nueva visión de Dios, del reino de Dios, de su señorío, de la iglesia, de la unidad de la iglesia, del propósito eterno de Dios, de la vigencia de todos los ministerios, de la misión de la iglesia en el mundo. Un nuevo panorama espiritual se abría ante nosotros.

Se produjo lo que Pablo menciona en Efesios 1.16-18:

No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...

Una cosa es leer la Biblia con las limitaciones propias de nuestra mente humana, y otra muy distinta cuando se produce en nosotros esa operación del Espíritu llamada revelación, cuando los ojos de nuestro entendimiento (en el griego dice: corazón) son alumbrados para que conozcamos más a Dios y lo que él nos revela en su Palabra.

Cuando en el año 1967 Dios nos llevó a la experiencia del bautismo del Espíritu y de experimentar la presencia de Dios de un modo más sensible en nuestras reuniones, pensamos que eso era todo lo que necesitábamos para ser la iglesia que Dios quiere. Estábamos muy lejos de imaginar todo lo que vendría a partir del año siguiente.

La palabra revelación viene de la palabra “velo”. Revelación es la acción de quitar el velo. En el año 1968 se abrió el velo por primera vez para nosotros sobre el evangelio del reino de Dios. Hasta ese entonces, en años de ministerio, jamás habíamos predicado ni escuchado predicar acerca del evangelio del reino.

Ángel Negro me pidió que en forma testimonial les compartiera cómo recibimos esa revelación.

Era un domingo del mes de enero de 1968, yo tenía 26 años, era soltero y pastor de una congregación que con un grupo de jóvenes habíamos iniciado hacía tres años en Villa Soldati (un barrio al sur de Buenos Aires). Yo estaba preparando el mensaje que iba a predicar esa noche en nuestra congregación. Aunque vivía con mis padres y cuatro hermanas, felizmente ese domingo no había nadie en casa. Tenía la soledad ideal y todo el tiempo para orar y preparar mi sermón.

El pasaje al que me guió el Señor fue Filipenses 2.5-11:

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,
el cual, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomando forma de siervo,
hecho semejante a los hombres;
y estando en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte,*

y muerte de cruz.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo,

y le dio un nombre que es sobre todo nombre,

para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla

de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;

y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,

para gloria de Dios Padre.

Todo el mundo evangélico, católico u ortodoxo cree que Jesucristo es Señor, es Dios. Esta es la piedra angular de nuestra fe cristiana. Todos creemos que Cristo siendo Dios se hizo hombre y fue obediente hasta la muerte de cruz. Y que por eso Dios exaltó a Jesús hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.

¿Para qué le dio ese nombre?

Aquí mismo está la respuesta: *“para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor”*.

¡JESUCRISTO ES EL SEÑOR!

Jesús es su nombre histórico. Cristo es su nombre profético, significa Mesías (Mashía en hebreo. En griego es Xristos, Ungido).

Que toda lengua confiese que Jesucristo –esta persona histórica, que es el cumplimiento de todo lo profético- es el SEÑOR (KYRIOS en el griego).

Esta orden del Padre abarca a todos los seres del universo: los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra. Es decir, todos los ángeles y demonios, y todos los seres humanos, vivos o muertos, obedezcan a esta orden del Padre, doblen sus rodillas y confiesen con su boca que Jesucristo es el Señor, el Kyrios.

Cuando Dios creó a Adán le dio una orden: Puedes comer de todos los árboles del huerto, pero del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás. Esta era una orden universal. Y el hombre comió, y pecó. Ahora hay una nueva orden universal: que todos los seres doblen sus rodillas delante de Cristo y confiesen con sus bocas que Jesús es el Señor. Y el que no lo hace es un rebelde; y sella su condenación. Pero el que dobla sus rodillas ante Jesús, y lo confiesa como Señor, recibe la salvación.

Esto se nos hizo muy claro cuando, de Filipenses 2, el Señor nos llevó a Romanos 10.8 y 9:

Esta es la palabra de fe que predicamos:

que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor,

y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos,

Serás salvo.

Para nosotros esto fue revolucionario. Porque por años, y siglos, los evangélicos habíamos predicado que el pecador para ser salvo debía aceptar a Jesús como su Salvador. Y por supuesto que Jesús es el Salvador, el único Salvador, el bendito, el glorioso y poderoso Salvador; y es muy claro que fuera de él no hay salvación. Pero este es el punto central de la cuestión:

¿Cuál es la condición establecida por Dios para que un pecador sea salvo?

Que confiese con su boca que Jesús es el Señor,

y crea en su corazón que Dios lo levantó de los muertos.

Durante años habíamos predicado que la condición para ser salvo era aceptar a Jesús como Salvador. ¿Por qué? Nos faltó revelación, seguíamos la tradición evangélica, repetíamos lo que habíamos aprendido. Y lo repetíamos como si fuese un versículo bíblico: *Si quieres ser salvo debes aceptar a Jesucristo como tu único y suficiente Salvador personal*. Cuando Dios abrió nuestros ojos, nos dimos cuenta de que no existe un solo versículo en la Biblia que afirme que somos salvos cuando aceptamos a Jesús como nuestro Salvador. Todo el Nuevo Testamento enseña lo mismo que Pablo declara en Romanos 10.9.

En el día de Pentecostés, Pedro termina su predicación presentando a Jesús como Señor.

Hechos 2.36:

*Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel,
que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis,
Dios le ha hecho Señor y Cristo.*

Saulo se convierte en camino a Damasco, diciéndole a Jesús: “Señor (Kyrios), ¿qué quieres que haga?” (Hechos 9.6).

Pedro, en la casa de Cornelio, presenta a Jesús como el “Señor (Kyrios) de todos” (Hechos 10.36).

Los esparcidos por causa de la persecución en Jerusalén llegaron a Antioquía “*anunciando el evangelio del Señor (Kyrios) Jesús. Y la mano del Señor (Kyrios) estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor (Kyrios)*” (Hechos 11.20-21).

Cuando el carcelero de Filipos le preguntó a Pablo y Silas: “¿Qué debo hacer para ser salvo? Ellos le dijeron: Cree en el Kyrios Jesucristo, y serás salvo tu y tu casa” (Hechos 16.30-31).

En 2 Corintios 4.5 el apóstol dice: “*porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como KYRIOS*”.

Según 1 Corintios 1.2, Pablo dice que la iglesia está formada por “*todos aquellos que en cualquier lugar invocan el nombre del KYRIOS Jesucristo, KYRIOS de ellos y nuestro*”.

El término “KYRIOS”, con referencia a Cristo, aparece en el Nuevo Testamento más de 600 veces, mientras que el término “SOTER” = SALVADOR sólo se encuentra 16 veces referido a Cristo.

	KYRIOS	SOTER
En los evangelios	130	2
En Hechos	170	2
En las epístolas de Pablo	260	6
Resto del Nuevo Testamento	50	6

TOTAL	610	16

¿Es esto una mera cuestión de términos? De ningún modo. Es una cuestión fundamental en nuestra doctrina soteriológica y requiere nuestra más seria revisión.

Los apóstoles no mutilan el evangelio presentado a Jesucristo solamente como Salvador. El kerigma apostólico lo presenta como el Hijo de Dios que murió, resucitó y es el Señor. Para ser salvo, el pecador debe creer y reconocerlo como SEÑOR con todo lo que ello implica.

Aceptar a Cristo meramente como Salvador sería pretender recibir el perdón, la salvación, la paz, la felicidad y la vida eterna sin una verdadera sujeción a su Señorío, y tal cosa no coincide con las enseñanzas del Nuevo Testamento. Cristo me salva y me da todos los beneficios de la salvación cuando doblo mis rodillas delante de él y lo reconozco como Señor. Esto indica el fin de mi rebelión y la aceptación de su gobierno y autoridad sobre mí. Es la

entrega total de lo que soy y tengo, incluyendo mi familia, mi casa, mis bienes, mi dinero, mi tiempo, mis planes, todo, absolutamente todo.

Aceptar a Cristo como Señor es reconocerlo como jefe, dueño, amo y máxima autoridad sobre mi vida. Cuando lo confieso como Señor, creyéndolo en mi corazón, recibo la salvación. Es decir, Jesús llega a ser mi Salvador cuando lo reconozco como mi Señor.

Esto es lo que el mundo evangélico no entendió.

¿Los predicadores evangélicos predicaban el Señorío de Cristo? Sí. Aunque bastante poco, y como un segundo paso optativo de consagración. Primero debías aceptar a Jesús como tu Salvador, él te perdonaba tus pecados, y te daba la salvación y la vida eterna. Y después como una segunda experiencia de consagración podías reconocerlo como Señor. Esto no es lo que enseña la Biblia.

Como evangelista juvenil y luego como pastor, hasta mis 26 años de edad, siempre terminaba mis mensajes evangelísticos de la misma manera, hacía un llamado diciendo: ¿Cuántos ahora quieren aceptar a Jesucristo como su Salvador? Incluso muchas veces terminaba mis mensajes leyendo Romanos 10.9: “*Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor...*” Pero le hacía la adaptación evangélica y decía: “Si confesares con tu boca que Jesús es tu Salvador...”

¿Por qué? Porque estaba con el velo. No lo veía. No tenía luz. Solo repetía lo que había recibido por mi tradición evangélica.

Permítanme traer un ejemplo acerca de la importancia de confesar con la boca a Jesús como Señor.

Cuando yo tenía 28 años de edad, en una reunión, delante mucha gente, un pastor me preguntó (ese día yo estaba vestido mejor que nunca):

¿Jorge Himitian, recibes a Silvia Palacio como tu legítima esposa?

Y yo confesé con mi boca: Sí.

Luego le preguntó a ella, que también dijo: Sí.

Esa simple confesión cambió mi vida. Ese pastor era Keith Bentson.

Si él me hubiera preguntado: ¿Recibes a Silvia como tu amiga? O, ¿La recibes como una hermana en la fe? Hubiera sido todo muy diferente. Lo que me preguntó es si la recibía como mi esposa. Allí se hizo una alianza, un pacto entre Silvia y yo.

Con esto quiero mostrar que este tema no es un simple cambio de términos, sino que establece una relación muy diferente con una determinada persona, es un compromiso definitivo.

Muchos lo tienen a Jesús como su Sanador; y él es bueno y los sana. Otros lo tienen como su consejero, y de hecho él da buenos consejos. Otros lo tienen como su protector, como su ayudante; y le piden que los ayude, que los cuide, que les dé éxito en su trabajo, en sus estudios... Pero es muy diferente recibir a Jesús como Señor.

Como ya vimos, la palabra griega Kyrios significa dueño, amo, autoridad absoluta sobre mi vida.

En el primer siglo se les llamaba Kyrios a los amos que tenían esclavos. Reconocer a Cristo como Kyrios significa que yo soy su esclavo, que mi vida le pertenece a él, que ya no puedo hacer lo que yo quiero, debo vivir como él quiere; que ya no vivo para mí, sino para él.

Pablo inicia la epístola a los Filipenses diciendo: Pablo y Timoteo esclavos (doulos) de Jesucristo.

Muchos han aceptado a Jesús como Salvador pero no como Señor; por eso siguen mintiendo, engañando a su mujer, diciendo malas palabras. Los hijos no respetan a sus padres. Hay jóvenes que tocan instrumentos o cantan en las reuniones pero luego tienen relaciones

sexuales con sus novias. Cuando les va mal en el matrimonio, se divorcian y se casan de nuevo. La esposa no reconoce a su marido como su cabeza, no se sujeta a él. El marido trata mal a su esposa, la ofende, le grita, le falta el respeto. En el matrimonio hay peleas, insultos, aun delante de los hijos.

Muchos al hablar siguen usando malas palabras, como la gente del mundo; guardan rencor, no quieren perdonar al que los ofendió; no confiesan sus pecados; son avaros, egoístas, viven para sí mismos. En realidad Jesús no es su Señor.

Jesús dijo:

“No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

Y para hacerlo más claro, agregó:

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Sí, los dones funcionaron, los enfermos se sanaron, los demonios salieron, los milagros ocurrieron, las profecías se cumplieron... pero Jesús les dice: *“Nunca os conocí”.*

Y para que no quedara ninguna duda, Jesús trajo un ejemplo contundente:

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;

y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

¿Cuál fue la diferencia? Uno edificó sobre la roca, y el otro sobre la arena.

¿Qué es edificar sobre la arena? Oír la palabra de Cristo y no obedecerla.

Oye que hay que perdonar, pero no perdona. Oye que hay que amar al prójimo, y no lo ama. Oye que no debe codiciar a la mujer de su prójimo, no solo la codicia sino que se acuesta con ella.

Edificar sobre la roca es reconocer a Jesús como Señor y vivir en obediencia a su palabra en el poder del Espíritu Santo.

Estar sobre la roca no significa que uno es perfecto y que nunca peca, pero si Jesús es mi Señor, cuando pecho, lo reconozco, lo confieso y me aparto del pecado. Porque el que manda en mi vida es Jesús.

¿Qué significa doblar las rodillas ante Jesús Señor?

Significa arrepentirse, cambiar de actitud ante Dios; humillarse ante él; dejar la rebeldía, sujetarse al Señor, entregarle mi vida, reconocerlo como mi autoridad. A partir de allí la vida cambia. Mi vida comienza a ser gobernada por Jesús.

Ante la luz del Señorío de Cristo comprendimos que pecado es vivir como se me da la gana, vivir como yo quiero. Comprendimos que la verdadera conversión es reconocer a Jesús como Señor. Que somos justificados por la fe por medio de nuestro Kyrios Jesucristo.

¿CÓMO EVANGELIZABA JESÚS?

Cuando esta revelación me llegó, se imaginarán que quedé grandemente impactado. Era una revolución, y al principio dudé mucho, pues el cambio era muy fuerte. Pensé seriamente si no estaba siendo engañado por el diablo metiéndome una doctrina de error.

Entonces, esa misma tarde, me hice estas preguntas: ¿Cómo evangelizaba Jesús? ¿Cuál era el mensaje que él predicaba? ¿Cómo llamaba a las personas a la conversión?

Con urgencia fui a los evangelios. Y allí recibí el *shock* final. Al leer y estudiar los evangelios descubrí que Jesús predicaba un evangelio que yo nunca había predicado antes, ni jamás había escuchado predicar a ningún predicador.

Comencé con el Evangelio de Mateo. En el capítulo 4, se relata el comienzo del ministerio de Jesús.

Mateo 4.17:

Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.

Yo ya llevaba diez años predicando el evangelio. Pero nunca había usado la palabra “reino” en mis predicaciones.

Seguí leyendo, y llegué al versículo 23 del capítulo 4:

Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Y noté que en toda Galilea Jesús predicó el mismo mensaje: *el evangelio del reino*.

Sí, yo predicaba “el evangelio”. Pero ¿qué significa “evangelio”? Buenas noticias.

Pero ¿cuáles son esas buenas noticias? Es necesario definirlas.

Son las buenas noticias del reino de Dios.

Buscando qué predicaba Jesús, llegué al capítulo 9, versículo 35:

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Nuevamente quedé impactado en saber que no solo en toda Galilea sino también en todas las ciudades y aldeas del país Jesús predicaba el evangelio del reino.

Como soy muy desconfiado, dudé un poco, y pensé: ¿No será que Mateo le puso este aditivo, o le dio este tinte especial del mensaje de Jesús en su Evangelio?

Fui a Marcos. ¿Y qué encontré?

- Exactamente lo mismo.

Marcos 1.14-15:

Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.

Yo no sabía lo que era el reino de Dios.

Nací en un hogar evangélico. Desde pequeño en casa siempre se nos había leído la Biblia. Asistíamos a las reuniones de la iglesia y a la Escuela Dominical. A los 15 años de edad tuve mi experiencia de conversión. A los 16 comencé a predicar. Escuché a predicadores muy famosos, tanto de nivel internacional como nacional. Participé en como predicador juvenil en muchas campañas. Estudié cuatro años en un seminario. Allí solo escuché hablar del reino de Dios en una materia llamada Teología Sistemática, en el último capítulo, que trata sobre ‘escatología’. En un subtema de ese capítulo se mencionaba acerca del reino que vendría, según se enseñaba, en el milenio. La verdad, no entendí nada.

Pero ahora estaba impresionado con el hecho de que en todas partes el único mensaje de Jesús era el reino de Dios.

En mi búsqueda llegué al Evangelio de Lucas 4.43:

Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado.

Lucas 8.1:

Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él,

En Lucas 9.2, Jesús envía a los doce:

Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos.

En Lucas 10 envía a los setenta, y les dice (v.9):

y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles:

Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.

¿Cuál es la relación entre el reino de Dios y el Señorío de Cristo?

La palabra reino tiene una raíz, es la palabra rey. El rey es la máxima autoridad de un país, es el que manda. Reino y Señorío son sinónimos. El Rey es la autoridad máxima; y el Kyrios, el Señor, es la autoridad máxima.

Cuando el evangelio se extendió por el Imperio Romano, Pablo prefirió usar la palabra Kyrios para referirse a Jesús, y no la palabra Rey. ¿Por qué?

Porque en el Imperio Romano la autoridad máxima no era el rey sino el Kyrios.

Todos los ciudadanos debían saludarse diciendo: “El César es el Kyrios”. Era la máxima autoridad, el dueño de todo el Imperio. El Imperio abarcaba muchas naciones, y en muchas de esas naciones tenían un rey, que estaba bajo la autoridad del emperador romano. Por ejemplo, en Israel estaba Herodes como rey. En Hechos se habla del rey Agripa, y así por el estilo. Y entonces hablar de Cristo como rey, o hablar del reino de Dios, pondría a Cristo por debajo del Kyrios César, y al reino de Dios por debajo del Imperio Romano. Por eso Pablo tuvo la lucidez de hacer una adaptación cultural sin debilitar en nada la verdad.

La palabra *Kyrios*, además de significar dueño y máxima autoridad, también quería decir *Dios*. La palabra hebrea *Adonai* (uno de los tres nombres más usados en el A.T. para referirse a Dios) se la tradujo como *Kyrios*. Los emperadores tenían pretensiones de divinidad. Había que adorarlos, postrarse ante ellos. Querían ser dioses. Exigían que se les rindiese la máxima pleitesía.

Por eso Kyrios era conocido en el Imperio Romano como máxima autoridad y Dios.

¿Qué es el reino de Dios?

Es muy sencillo como Jesús nos lo enseñó en el Padrenuestro:

Mateo 6.10:

Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

¿Qué significa “venga tu reino”?

- La frase que sigue lo explica.

Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

¿CÓMO EVANGELIZABA JESÚS?

Nos surgió entonces una segunda pregunta: ¿Cómo evangelizaba Jesús? ¿De qué modo llevaba a las personas a la conversión?

[Yo tenía una fórmula para guiar a la gente a la conversión. Les decía:

Tú tienes que saber cuatro cosas:

- 1 – Que Dios te ama
- 2 – Que tú eres pecador
- 3 – Que Cristo murió por tus pecados
- 4 – Si aceptas a Cristo como tu Salvador personal serás salvo.]

Por eso fue grande mi curiosidad al querer descubrir cómo evangelizaba Jesús.

¿Cómo llamaba a las personas a la conversión? ¿Qué les decía? ¿Qué les proponía?

La palabra que mejor sintetiza el modo en que Jesús invitaba a las personas a convertirse era diciéndoles: *“Sígueme”*.

Fue lo que le dijo a Mateo (Leví) cuando lo encontró trabajando en aquella oficina en la que se recaudaban impuestos para el Imperio Romano. Con una sola palabra lo puso frente a la puerta del reino de Dios, del Señorío de Cristo: *Sígueme*.

¿Qué entendió Mateo al oír esa orden de Jesús?

El reino es todo o nada. Lo tomas o lo dejas. Te sujetás a la autoridad de Jesús o seguís en la tuya. Mateo se levantó y siguió a Jesús. Se convirtió en su discípulo. Detrás de la escena, y más allá de las palabras, lo que se ve claramente es que Mateo, en ese momento, reconoció a Jesús como su Señor. Renunció a todo y lo siguió. Se puso incondicionalmente bajo la autoridad de Jesús. Esa es la verdadera conversión.

¿Qué les dijo Jesús a Simón y a Andrés?

Ellos también estaban trabajando. El escenario era diferente. Eran pescadores, estaban a la orilla del mar lanzando la red al agua.

Jesús les dice: *“Vengan en pos de mí, y los haré pecadores de hombres”*.

Y relata el evangelio que: *“Ellos entonces, dejándolo al instante las redes, le siguieron”* (Mateo 4.19-20).

Si le preguntáramos a Simón: ¿Qué sucedió ese día en tu vida?

Nos diría: “Hasta ese momento yo mandaba en mi vida, desde entonces manda Jesús?”

El joven rico, no aceptó el Señorío de Cristo sobre su vida y sus bienes.

A la mujer sorprendida en adulterio, después de protegerla de los que la querían apedrear, le anunció el evangelio completo, al decirle: *“Ni yo te condeno; vete, y no peques más”* (Juan 8.11).

Así evangelizaba Jesús. Les acercó el reino a Mateo, a Simón, a Andrés, a Zaqueo, y todos ellos entraron en él. ¿Cómo? Aceptando a Jesús como Señor, como autoridad y dueño de sus vidas. En cambio el joven rico no entró.

Jesús no obligaba a nadie, pero él era claro; usaba su autoridad; daba una orden y el que se sujetaba a él, era salvo, se convertía en discípulo de Jesús.

Cuando comprendí el evangelio del reino me di cuenta de que el primero que tenía que terminar de convertirse era yo, aunque ya era pastor. Eso cambió mi vida, mi conducta, el manejo de mis finanzas. Todo.

Luego comenzamos a re-evangelizar nuestras congregaciones. Como estábamos viviendo en una visitación del Espíritu Santo, todo esto se hizo posible por la gracia de Dios que se derramaba abundantemente. Por más que eran fuertes y totales las demandas de Dios, la gente respondía con alegría y fe. Las congregaciones se fueron transformando en comunidades de discípulos.

Aún nos quedaba una duda. ¿Si predicando un evangelio sin reino eran pocos los que se convertían, predicando el evangelio del reino con todas sus demandas, no se convertirían muchos menos?

Nos sorprendimos al ver todo lo contrario. Cierta vez que le prediqué a un joven el evangelio del reino me dijo así: “¡Uy, pero Jesucristo pide mucho!” A lo que yo le respondí: “Todavía no lo entendiste, él no pide mucho, él pide todo”. Y ese joven se convirtió.

¿QUÉ EVANGELIO PREDICABAN LOS APÓSTOLES Y EVANGELISTAS DEL PRIMER SIGLO?

Hechos 8.12: (En Samaria)

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.

Hechos 19. 8: (En Éfeso)

Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.

Hechos 20.25: (En Éfeso por tres años, 20.31)

Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro.

Hechos 28.23: (En Roma)

Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas

Hechos 28.30-31: (En Roma)

Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.

CONCLUSIÓN

Jesús, hablando de los tiempos finales profetizó:

Mateo 24.14:

Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

No tengamos la más mínima duda de que lo que él dijo se cumplirá.

La nuestra es una generación privilegiada. La iglesia por siglos había perdido la visión del evangelio del reino de Dios. Hemos tenido el gran privilegio, y a la vez, la gran responsabilidad de ser los receptores de esta revelación de Dios. Lo que importa no es por medio de quién o quiénes llegó esta revelación, sino para quiénes.

El evangelio del reino de Dios es, en primer lugar, para toda la iglesia. No es solamente para las congregaciones que nosotros pastoreamos sino para todo el cuerpo de Cristo en Argentina y en todas las naciones del mundo. Un evangelio sin reino, nunca producirá la calidad de iglesia que Dios quiere. Pero tengamos cuidado de que el mensaje del reino no se diluya entre nosotros, o se vuelva un conocimiento teórico.

En segundo lugar. El evangelio del reino es lo que el mundo necesita en nuestros días imperiosamente. Esto se percibe mucho más hoy que hace 47 años cuando nos llegó esta luz del Señor. Hoy la sociedad está cada vez más desquiciada; más confundida y desorientada. Los hogares se destruyen. Los jóvenes y niños son inducidos cada vez más temprano al desorden sexual, a la promiscuidad. La violencia familiar, el flagelo de las drogas, la prostitución, la corrupción desde los más altos niveles del poder, el crimen organizado y callejero, las mafias despiadadas, la injusticia social, y tantas cosas más, nos llevan a clamar cada día: *“Venga tu reino, sea hecha tu voluntad en la tierra, como en el cielo”*.

Solo la predicación del evangelio del reino, en el poder del Espíritu Santo, puede cambiar vidas, salvar familias, transformar pueblos y naciones. El reino de Dios es la única solución. No se puede curar el cáncer con una aspirina. Es necesario extirpar del corazón de los hombres el tumor del pecado radical, que es la rebelión contra Dios. Y el único que tiene el poder necesario para salvar al pecador y hacerlo un hombre nuevo es Jesucristo el Señor.

Que cada uno de nosotros podamos decir junto al apóstol Pablo:

Esta es la palabra de fe que predicamos:

***que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor,
y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos,
serás salvo.***

***Porque con el corazón se cree para justicia,
pero con la boca se confiesa para salvación.***

Pues la Escritura dice:

Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.

***Porque no hay diferencia entre judío y griego,
pues el mismo que es Señor de todos,
es rico para con todos los que le invocan;
porque todo aquel que invocare el nombre del Señor,
será salvo.***

(Romanos 10.8-13)

AMÉN.